

PEDAGOGÍA DE LA PAZ

Homilía en Te Deum Ecuménico

18 de septiembre de 1977

Un servicio de unidad y de paz

1. La fe en Dios, cuyas manos de Padre conducen nuestra historia y enderezan nuestros caminos, nos ha vuelto a convocar en este día y en este lugar que la tradición de Chile consagra a la oración por Chile.

2. Nuestro encuentro tiene, desde hace varios años y por generosidad divina y humana, carácter ecuménico. Ha llegado a convertirse en signo de unidad. Es una prueba de que los hombres podemos vencer prejuicios y resentimientos, y buscar juntos la verdad con un corazón sincero. Es un testimonio de que la fe en el único Dios, vivo y verdadero, tiende a realizar el gran anhelo del corazón de Cristo: que seamos uno.

Y así conviene que seamos y aparezcamos, los ministros de Dios, para mejor prestarle a nuestra patria el servicio que en gran medida se espera de nosotros: el servicio de la unidad. Así quisiéramos ver siempre a nuestro pueblo: superando las barreras de la enemistad, las distancias y enconos de ayer y de hoy. Unido en una sola fe, en una misma esperanza. Orando –todos juntos- al Dios y Padre de todos los hombres. Y trabajando juntos en esa obra común, a la que nadie puede negarse, de la que nadie puede sentirse ajeno, cualquiera sea su credo o su ideología: la paz. La paz es el credo, es la ideología, es el ideal, es la tarea urgente y posible que nos une solidariamente a todos los chilenos.

Y la nuestra quiere ser, en este día, una palabra de paz. Y la vamos a pronunciar como abogados, no de nuestros intereses, sino de todos los hijos de nuestro pueblo. La vamos a decir como hermanos que somos de todo hombre de buena voluntad, como Samaritanos cercanos a todos los que lloran y esperan socorro, como servidores de Dios, de la verdad, de la libertad, de la justicia, del desarrollo y de la esperanza. Y les pediremos a todos que no rehúsen escucharnos, por más que ya conozcan, o crean conocer el tema de nuestras palabras. Queremos hoy proponer un anuncio, tan sencillo como un axioma: *¡la paz es posible!* (Cfr. Paulo VI, Mensaje para el Día de la Paz, 1973).

Se han hecho obras de paz

2.- Hace un año, en este mismo Templo, le pedíamos a Dios que nos revelara cuáles son los caminos de la paz, y nos diera resolución y fuerza para recorrerlos. Hoy podemos constatar que en el mundo y en nuestra patria se han hecho obras de paz. Ese lento y duro aprendizaje del arte de ser justos, de respetar la intangible dignidad de todo hombre, de procurar un consenso y

suscitar la libre adhesión de los más a una causa común; ese difícil ejercicio de la autoridad para garantizar el orden sin sacrificar la libertad; esa progresiva atenuación de rigores y restricciones, basada más en la confianza que en la suspicacia; ese riesgoso desafío de creer menos en el odio y más en el amor, más en el diálogo que en la imposición: todos esos presupuestos de la paz se han ido abriendo trabajosamente camino en la conciencia universal, y mostrado ya algunos frutos, incipientes pero promisoros.

Felicitemos a todos los que en este último año han hecho obras de paz. Más que nosotros, es Cristo mismo el Señor quien los felicita y declara dichosos. Gobernantes o simples ciudadanos; diplomáticos, hombres de Derecho, formadores de opinión pública, educadores; trabajadores y pobladores, artífices silenciosos de una admirable solidaridad: ¡Son tantos los hombres y mujeres de nuestra tierra que han trabajado por la paz y merecido llamarse hijos de Dios! Para ellos nuestro agradecimiento, junto con la súplica de seguir buscando y seguir construyendo la paz. Ya sabemos, gracias a ellos, que la paz es posible!.

La paz debe ser posible

3.- Y no solamente es posible: ¡debe ser posible! Nosotros no creemos, nosotros no aceptamos que el hombre esté hecho para combatir al hombre, que las guerras sean inevitables, y que nuevas formas de convivencia y organización social deban o puedan levantarse sobre las ruinas de todas las anteriores. Nosotros no creemos, nosotros no aceptamos que la violencia homicida sea el motor de la historia. Rechazamos cualquier determinismo que pretendiera imponer al hombre la necesidad de matar a su hermano para ser más, o mejor hombre. Y no lo decimos nosotros: es ya una convicción, una conquista, un patrimonio de la conciencia común, especialmente de las generaciones jóvenes. ¡Debe ser posible –lo gritan nuestros jóvenes- vivir sin odiar, vivir sin matar! (Cfr. Paulo VI, *Ibíd.*).

Nuestra cultura judeo-cristiana tiene su raíz y quicio en la certeza de que la paz es posible y es un deber. “Forjarán de sus espadas azadones, y de sus lanzas, podaderas: No levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra” (Isaías, 2, 2-5). Así intuyen los Profetas bíblicos lo que ha de ser un mundo que camina en la luz del Señor. Y para quienes creen en el Evangelio, la paz está en las entrañas mismas de su fe cristiana: proclamar la paz es, para el cristiano, anunciar a Cristo que es nuestra paz (Efesios, 2, 14), (Cfr. Paulo VI, Mensaje para el Día de la Paz, 1968).

La Iglesia está obligada por su íntima constitución, por la ley fundamental que le ha dado su Fundador a promover la paz. No es su ánimo dirigir ni ejercer predominio sobre la sociedad civil. Pero es su deber señalar a los responsables de la ciudad temporal cuáles son los caminos que conducen a la justicia, a la verdad y a la paz. Cumplimos con ese deber ofreciendo, proponiendo respetuosamente tales caminos, con la seguridad que nos viene no de una personal sabiduría, sino de una Iglesia largamente experta en humanidad.

Cumplimos, también, un deber de conciencia: hablar oportunamente, señalando a nuestro pueblo derroteros y tareas de paz, y llamando a todos a reconstruir la unidad de la patria. No buscamos otra cosa que fortalecer esa unidad, que es la fuerza de un pueblo y la expresión máxima de su amor patrio.

La comunión de nuestros espíritus, el consenso de nuestras mentes y voluntades, la amistad fraterna, el respeto mutuo, y la solidaridad pertenecen al alma de nuestro Chile, y son la fuente y seguro de nuestros grandes valores.

Ardientemente quisiéramos contribuir a recrear esa unidad, a hacer posible que todos los chilenos encuentren en su tierra la patria que los hace libres y el asilo contra toda opresión. Estamos convencidos de que sólo así, reconstituyendo la gran familia chilena, podremos labrar nuestro destino nacional, en paz interior y seguridad externa. Por eso no hemos querido y no podemos callar, no podríamos dejar que nuestra débil voz se extinguiera sin llegar a todos los ámbitos de nuestra tierra y sin ofrecer, a todos nuestros hermanos chilenos, este mensaje, esta súplica apasionada de unidad y de paz.

Los presupuestos de la paz

4.- Que no se nos tome a mal –por eso- que hablemos tanto, siempre de paz. Es una inquietud, más que eso, una pasión que la Iglesia lleva en sus entrañas. Y la Iglesia sabe de paz: sabe que ella existe, que es posible, y cuáles son los caminos para conquistarla. Escuchémosla, en la voz de un Papa que prácticamente identificó su Magisterio con la causa de la paz: Su Santidad Pío XII. Hablando en 1940, cuando la Segunda Guerra Mundial se expandía en el espacio y en ferocidad, el Papa vislumbraba ya cuáles serían los presupuestos indispensables para un nuevo orden, garante de la paz.

Victoria sobre el odio

5. El primero de todos: la victoria sobre el odio. ¿Hay algo más específicamente cristiano, más auténticamente evangélico que este arte sublime de perdonar y olvidar? ¿No está subentendido en eso “perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”? El criterio regulador de las relaciones humanas no puede ser la venganza o la represalia, “ojo por ojo, diente por diente” (Mateo, 5, 38). “Todos vosotros sois hermanos!” (Mateo 23,8), nos enseña el Maestro. Y Dios no acepta en su altar la ofrenda presentada por quien no se ha reconciliado con su hermano (Mateo 5, 23; 6, 14-15).

“Hay pocas cosas que corrompan tanto a un pueblo como el hábito de odiar” – escribió una vez Manzoni (Morale católica, I, VII). Nuestras familias, nuestros educadores, nuestros comunicadores sociales, nuestras comunidades religiosas tienen en sus manos un ministerio de reconciliación. Es toda una pedagogía, una mentalidad de paz la que se debe formar, basada en la veracidad, en el respeto y cortesía para con las personas, en la humildad para

aprender de otros, en la nobleza de perdonar a todos.

Victoria sobre la desconfianza

6. Segundo: la victoria sobre la desconfianza. Los hombres y los pueblos no podemos vivir recelando unos de otros. Sinceridad, transparencia, coherencia entre lo que pensamos y decimos es condición para la paz. Fidelidad, también, a la palabra empeñada, a los pactos y compromisos contraídos. Lo formulaba muy bien la antigua sabiduría romana: “el fundamento de una convivencia justa es la verdad y la constancia en lo dicho y en lo pactado” (Cicerón, *De Officiis* I 7,23).

La primera proclama que don Bernardo O’Higgins dirigió al pueblo al día siguiente de asumir el mando (17 de febrero de 1817) contenía claramente este requisito para la paz: “Yo exijo de vosotros aquella confianza recíproca, sin la cual el gobierno es la impotencia de la autoridad, o se ve forzado a degenerar en despotismo”, (Archivo de don Bernardo O’Higgins. Tomo VII, págs. 168-169).

Para construir la patria –tal era el pensamiento de don Bernardo- era preciso integrar a todo el cuerpo social en la tarea común. Los aportes de todos y cada uno debían ser estimulados por una autoridad que trascendía a todas las facciones y se acreditaba por su voluntad de servicio. Fue así como el Padre de nuestra nacionalidad se ganó la confianza de los diversos sectores y la fidelidad de sus conciudadanos.

La barrera infranqueable del Derecho

7. Tercero: la victoria sobre el funesto principio de que la fuerza o la utilidad crean el derecho.

Funesto principio, que contradice la esencia misma del derecho y genera los peores excesos totalitarios. A él oponemos, una vez más, ese postulado fundamental del humanismo cristiano: todo hombre posee, por serlo, una dignidad, y derechos, y deberes que le son connaturales y consustanciales. Y el oficio esencial del poder público no es otro que tutelar el campo intangible de esos derechos, y hacer llevadero el cumplimiento de esos deberes (Cfr. Juan XXIII, *Pacem in Terris*, 60; Pío XII, *Mensaje de Pentecostés*, 1-6-1941).

“Estos derechos primordiales del hombre, por los que la Iglesia combate, son a sus ojos tan inviolables –decía Pío XII en 1949- que contra ellos ninguna razón de Estado, ningún pretexto de bien común podrían prevalecer. Estos derechos están protegidos por una barrera infranqueable. Del lado de acá, el bien común puede dar leyes a su gusto. Pero del lado de allá, no: no puede tocar esos derechos, porque son éstos lo que hay de más valioso en el bien común. Si se respetara este principio ¡cuántas catástrofes trágicas y cuántos peligros amenazadores se mantendrían a raya! Por sí solo –concluía el Pontífice- este principio podría renovar la fisonomía social y política de la tierra” (Discurso al

Congreso de Estudios Humanísticos, (25-9-1949).

Nivelar las diferencias estridentes

8. Cuarto: la victoria sobre los gérmenes de conflictos, nivelando las demasiado estridentes diferencias económicas.

¿Será necesario recordar que el espectáculo de la excesiva riqueza exaspera a los que gimen en su extrema pobreza? Los pronunciados desequilibrios en la distribución de bienes y expectativas no solamente ofenden a la justicia y al amor, sino preparan también estallidos violentos de una desesperación colectiva, en los que poco o nada quedará ya de justicia y de amor. Luchar por una más justa nivelación económica; recordar a los privilegiados que no son más que administradores de bienes que el Creador destinó a todos los hombres; urgir las conciencias y los mecanismos jurídicos para que se amplíe más y más la participación de los pobres en la renta nacional y en el proceso que la produce: todo eso es trabajar directamente por la paz.

Desarrollo solidario es el nuevo nombre de la paz

9. Quinto, y finalmente: la victoria sobre el espíritu de un frío egoísmo, mediante la solidaridad jurídica y económica.

Diez años atrás, Su Santidad Paulo VI escribía su Encíclica sobre el desarrollo de los pueblos, para recordar a todos que la solidaridad universal es un hecho, un beneficio, y un deber para todos. La avaricia –escribía el Papa- encierra a hombres y pueblos en la propia prisión: endurece, cierra, desune; los condena al subdesarrollo moral. El liberalismo sin freno –añadía- que considera el lucro como motor esencial del progreso económico, la competencia como ley suprema de la economía; la propiedad privada de los medios de producción como derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales, este liberalismo conduce a la dictadura y genera el imperialismo internacional del dinero. Y no hay mejor manera de reprobado tal abuso que recordando solemnemente que la economía está al servicio del hombre. El desarrollo solidario de todo el hombre y de todos los hombres es hoy, afirmaba el Papa, el nuevo nombre de la paz (Cfr. *Populorum Progressio*, 17, 19, 26, 48, 76, 83, 87).

Latinoamérica: un destino solidario

10. Estos cinco principios que la Iglesia nos propone como fundamentos para la paz son igualmente válidos en el plano de la convivencia nacional e internacional. La paz de Chile no se gesta sólo al interior de su territorio, sino también, en igual o superior medida, por la calidad de su participación en la comunidad universal.

¿Podemos en este campo constatar también obras de paz? La palabra autorizada de S.E. el Presidente de la República en su reciente mensaje

destaca la preocupación de Chile por afianzar sus relaciones internacionales, particularmente con los Estados limítrofes. Domina en esas palabras una voluntad de paz, de entendimientos razonados, de respeto, a las instancias de Derecho y de exclusión de ánimos belicistas, merecedora del cálido apoyo de todos los hombres de buena voluntad.

Pero asoma también una inquietud: América Latina –señala Su Excelencia- carece de real presencia en el concierto internacional, y no gravita suficientemente en las grandes decisiones mundiales, aún aquellas que la afectan de modo directo.

La Iglesia comparte esta inquietud. Sin inmiscuirse en opciones que no son de su competencia. Ella quisiera servir, también en esto, como signo e instrumento de unidad.

Quisiéramos, desde luego, movilizar toda nuestra capacidad persuasiva para erradicar definitivamente de Latinoamérica el espectro de luchas fratricidas. Las ha habido, no pocas veces, entre estos pueblos cristianos que reconocen un mismo origen de sangre y cultura, y no pueden ignorar su común destino. Una historia semejante es lamentable en cualquier parte del mundo. En nuestro continente resulta, además, escandalosa. (Cfr. Cardenal Silva Henríquez, “Pacto Andino y Solidaridad”, Lima, 2-5-1976).

Difícilmente haya en el mundo pueblos tan claramente llamados por la Providencia a vivir una historia solidaria. La Iglesia, que hace suyas las angustias y esperanzas de su pueblo, entiende que pertenece a su misión –sin intervenir, repitamos, en decisiones técnicas- el favorecer e iluminar, con el Evangelio, todas las iniciativas capaces de acercar y unir a hermanos que nunca debieron alejarse o, peor, oponerse.

Latinoamérica: creadora de historia

11. Pero no basta con impedir las luchas fratricidas. Es preciso construir unidad, perfeccionar una América integrada y solidaria, capaz de hacerse oír y respetar. No creemos que nuestra América tenga que ser objeto, ni víctima, ni espectadora pasiva de una historia forjada por otros. Su legado histórico, el humanismo cristiano que la impregna vitalmente y es su alma, la llama a ser creadora de historia; esperanza de un mundo que al hacerse viejo pone en ella sus ojos, buscando reservas de espíritu (Cfr. Cardenal Silva Henríquez, “Humanismo Cristiano en la Iglesia de Iberoamérica, Panamá, 3-6-1976).

La Iglesia quiere ofrecer este servicio de comunión: ser signo y causa de una progresiva integración de nuestros pueblos hermanos. Quiere exhortar a vencer pequeñeces y mezquindades, a inhibir egoísmos y desconfianzas. Quiere cooperar en la búsqueda de soluciones que satisfagan los legítimos derechos y aspiraciones de cada pueblo y garanticen los medios de realizar su destino. quiere ayudar a conseguir tan elevados ideales, solamente por las vías del diálogo, de la comprensión recíproca y de la buena voluntad.

Estos pueblos que Dios quiso hermanos, que nacieron juntos en la cuna de Cristo, Rey de Paz, deben mostrarle al mundo entero cómo es posible, y fecundo, y aún relativamente fácil encontrar solución a sus problemas sin tener que recurrir a la violencia. Así lo quiere Dios, así lo manda nuestra fe común, así lo desean íntimamente los hombres y mujeres de estas naciones hermanas (Cardenal Silva Henríquez, Alocución al recibir, de manos del Arzobispo de La Paz, un pabellón boliviano para la Virgen del Carmen; diciembre 1976).

La Paz nace desde el pueblo

12. Es posible que a estas alturas quienes nos escuchan adhieran a nuestra apasionada profesión de paz; pero se preguntan: “¿Y cómo? ¿Cómo puedo yo, simple ciudadano, simple miembro del pueblo de Dios influir significativamente en la toma de decisiones que favorezcan la paz? ¿No es esa tarea privativa de los jefes?”.

Dejemos que Pablo VI responda a esta dificultad. “Sí –nos dice- la paz es un deber de los jefes. Pero no sólo de los jefes. La paz no tiene su reinado sólo en la política: nace en las ideas, tiene su fuente en los espíritus. Es más orientación moral que actividad exterior. *La paz, antes de ser una política, es un espíritu.* Antes de manifestarse, victoriosa o vencida, en las vicisitudes históricas o en las relaciones sociales, aparece, se forma, se afianza en las conciencias, en aquella filosofía de la vida que cada uno debe procurarse a sí mismo como lámpara para sus pasos en los senderos del mundo” (Homilía para el Día de la Paz, 1970).

“La paz –nos dice el mismo Papa, en otra ocasión- no solamente no debe ser negada al pueblo, sino que *debe nacer y promoverse desde el pueblo*: todo hombre debe ser un promotor de la paz”. “Debemos dar a la democracia –continúa diciendo Paulo VI- esta voz prevalente que se impone. La democracia no quiere la guerra; el pueblo no quiere la guerra; el pueblo no quiere que las multitudes tengan que enfrentarse unas con otras para matar... De esta formación, de esta mentalidad política del pueblo, de la masa, de la generalidad de la población debe nacer una idea triunfadora: *no debe haber más guerra en el mundo*”.

Si quieres la paz trabaja por la justicia

13.- “Si quieres la paz, trabaja por la justicia”, nos invita Paulo Sexto (Mensaje para el Día de la Paz 1972). Y si alguien nos pregunta: ¿qué es la justicia? o si acaso consiste solamente en “no robar”, le diremos que existe otra justicia: la que exige que cada hombre sea tratado como hombre. Pequeño o grande, pobre o rico, blanco o negro, todo hombre tiene su bagaje de derechos y deberes que lo hacen merecedor de ser tratado como persona. Y más aún: cuanto más pequeño, pobre, sufrido, indefenso es el hombre, cuando está incluso caído, tanto más merece ser ayudado, animado, sanado, enaltecido. Esto es lo que nos ha enseñado el Evangelio; y también el que no cree en la autoridad del Evangelio intuye que esa palabra divina tiene razón: ¡esta es la justicia! Este es el camino hacia el orden, es decir, hacia el derecho y el deber

del hombre; aquí está la justicia, aquí está la paz! (Cfr. Paulo VI, Homilía en el Día de la Paz 1972).

No es necesario ser jefe –por lo tanto- para decidir la paz. Ella debe nacer desde el pueblo, fruto de una mentalidad, de una pedagogía, de un hábito de paz, y de justicia en las relaciones simples de todos los días. Nuevamente aparece, cómo, cuánto pueden hacer las familias, los educadores, los comunicadores sociales, los pastores por crear y difundir un espíritu de paz.

La valentía de la paz

14.- Necesitamos, sí, una gran fuerza moral. Necesitamos la *valentía de la paz*. Una valentía de gran altura; no la de la fuerza bruta, sino la del amor. La del amor que repite: todo hombre es mi hermano, y no puede haber paz sin una nueva justicia. Necesitamos la valentía del amor que no sabe de venganzas, que no oprime ni suprime al adversario, que no exalta la violencia astuta y rastrera ni busca el movimiento vil para golpear al enemigo: así nos advierte el Papa Paulo VI. (Homilía en el Día de la Paz, 1974).

La valentía, también, de predicar alguna vez, quizás muchas, *en el desierto*. ¡Cuántas veces –decía Pío XII- ha tenido y tendrá la Iglesia que predicar a sordos! (Discurso citado, 24-12-1940). Cuántas veces su fe en el diálogo, en la mansedumbre, en la racionalidad, en la fecundidad del silencio y del dolor ha encontrado por respuesta indiferencia y desprecio! Sin embargo hoy su mensaje de paz parece tener mejores expectativas de ser escuchado. “Sólo el sufrir dará entendimiento al oído”, ha dicho el profeta. Y la humanidad entera ha sufrido y sufre tanto aún! Ese dolor es, con frecuencia, un maestro más eficaz que el fácil éxito. ¡Quiera Dios abrir nuestros oídos, y también los corazones, para no hacernos acreedores al amargo reproche de Jesús: “Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina a sus polluelos; y no quisiste... ¡Si hubieras comprendido el mensaje de paz! ¡Pero quedó velado a tus ojos! (Lc. 13, 34 y Lc. 19, 41).

Oración por la paz

15.- El Señor llama hoy a nuestra puerta, y no pide nada: sólo ofrece su mejor don, la paz. Permanezcamos en vigilia, atentos y dóciles a su palabra. Nosotros, los que estamos aquí simbolizando la fe y la unidad de nuestro pueblo de Chile, oremos por esa paz de Dios que sobrepasa todo lo conocido e imaginado. Oremos para que la paz sea el credo, la ideología, el ideal, la tarea urgente y posible que una solidariamente a todos los chilenos.

Señor, Dios de la Paz, que has creado a los hombres objeto de tu amor, para hacerles partícipes de tu gloria: nosotros te bendecimos y te damos gracias por los deseos, afanes y realizaciones que tu Espíritu de Paz ha suscitado en nuestro tiempo, para sustituir el odio por el amor, la desconfianza por la comprensión, la indiferencia con la solidaridad. Abre Señor, aún más nuestros espíritus y nuestros corazones a las exigencias concretas de amor hacia

todos nuestros hermanos, para que seamos, cada vez más, auténticos constructores de paz. Acuérdate, Padre de Misericordia, de todos aquellos que viven apenados, que sufren y mueren por el nacimiento de un mundo más fraterno. Venga tu Reino de justicia, de paz y de amor, para los hombres de todas las razas y lenguas, y la tierra se llene de tu gloria. ASI SEA". (Oración del Papa Paulo VI, 1973).

Santiago, 18 de Septiembre de 1976.